

Don Quijote de la Mancha

AÑO II

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 66

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. ENILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 14 DE FEBRERO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

Influjo de la agricultura en los pueblos.

Las sociedades modernas tienen de la agricultura un concepto grandioso, por la poderosa influencia que ejerce en el bienestar de las naciones.

El cultivo de la tierra proporciona á los pueblos medio para la subsistencia, abastece de materias primas á la industria, provee de frutos al comercio, convierte los eriales en prados, huertas y jardines, y transforma las selvas en campos de inagotable producción.

La agricultura fija la planta de los pueblos errantes, y suaviza sus costumbres; contribuye poderosamente á mantener la paz de las naciones, y es en fin una rica fuente para los artistas y los poetas.

En su evolución, la agricultura ha entrado en íntimas relaciones con las ciencias, de las cuales recibe auxilios de valor incalculable. Por medio de la mecánica agrícola, las labores cuestan hoy menos y se ejecutan más rápidamente que en otros tiempos. Siemens, cerca de Londres, monsieur Félix, en Francia, y Mr. Marcel, cerca de Munich, han llegado á suplir la fuerza muscular con la electricidad, logrando transportar á grandes distancias la fuerza motriz por medio de los hilos conductores, y así labran, trillan, acarrean, extraen agua de los pozos y practican las demás operaciones de sus granjas.

La química analiza los elementos constitutivos de la tierra y enseña al agricultor la manera de devolver á ésta su feracidad perdida.

La física pone á disposición del labrador la luz, el calor y el viento, y estos elementos obedecen sus mandatos y le ayudan en sus faenas.

La fisiología le enseña las funciones propias de cada músculo del buey y del caballo y las pérdidas que estas reses sufren con el esfuerzo y el trabajo.

La zootecnia le demuestra el influjo que ejercen las leyes de la herencia y del atavismo en la descendencia, y le enseña á formar razas con aptitudes especiales para la producción de carne, de leche y de trabajo.

El microscopio le permite descubrir la anatomía de las plantas y le pone de manifiesto la influencia que ejerce la cal en la composición de los abonos. Ese mismo aparato le demuestra cómo se verifica el fermento y le enseña á conservar sus vinos.

Por medio de microscopio, monsieur Pasteur ha penetrado en la vida íntima de los microbios y ha puesto á los ganaderos á cubierto del mortal contagio que destruye en poco tiempo rebaños enteros y dejaba al ganadero hundido en la miseria.

El vapor y el ferrocarril ponen en contacto á las naciones, facilitan el comercio y estrechan las relaciones de los pueblos.

El telégrafo le permite lanzar la palabra de polo á polo en un instante y averiguar el estado de los mercados para mandar sus productos á donde encuentren más demanda.

Finalmente, la imprenta le facilita los medios para instruirse y sacar mayor provecho de sus labores. En la antigüedad cada agricultor trabajaba por sí sólo; ni sus observaciones aprovechaban á los demás, ni él podía utilizar los adelantos ajenos. En la actualidad, ¡qué distinto! todos discurren y trabajan para todos, pues no hay mejora ni adelanto que no sea patrimonio de la humanidad entera; por medio de la prensa.

LA EMBOSCADA

(DE MICKIEWICZ)

POEMA COSACO

¿Por qué de la luna al brillo
Furioso deja el barón
El calado pabellón
Del parque, y hacia el castillo
Va con precipitación?

Víctima de un frenesí
Llega hasta el lecho; levanta
La cortina carmesí,
Y mira, y tiembla y se espanta
Al ver que no hay nadie allí.

Baja la vista afanosa,
Doblegándose al azote
De los celos, que le acesa,
Y con mano temblorosa
Acaricia su bigote.

Después de reflexionar
Breve instante, de cruel
Duración á no dudar,
Al punto manda llamar
A Naúrta, el cosaco fiel.

—¡Cosaco!—grita exaltado,
¿Cómo no vé tu Señor
En la puerta del pastor,
Ni vigilante criado
Ni podenco granidor!

Coje mi morral de piel
De nutria. ¡Voto á Luzbel
Que ya el coraje me inquieta!
¡Mi fusil! Tráete con él
Mi reluciente escopeta.

Con las armas y el coraje
Que le roe el corazón,
Cruza el oscuro ramaje
Donde se alza el pabellón
Escondido entre el follaje.

La luna en lo alto fulgura,
E ilumina sobre un banco
Tapizado de verdura,
De una joven la figura
Envuelta en un traje blanco.

Ocultan sus ojos bellos
Los bucles de sus cabellos,
Que bajan desde la frente
A morir en el turgente
Seno que se envuelve entre ellos.

Y con mano mal segura
Rechaza, fingiendo enojos,
La insistencia y la ternura,
De un joven que su hermosura
Está adorando de hinojos.

—¡Oh!—la dice:—¿Mi dolor
No consuelas? Tu albedrío,
Tus miradas y tu amor,
Todo lo que antes fué mío,
¿Lo ha comprado tu señor?

¡Y yo, que cual ves aquí
A tu amor rindo mi sér,
Que lloro con frenesí,
Viviré lejos de tí...?
¿Si es vivir el padecer!

Él no ha sentido esa lava
De amor: mas llega altanero
Y triunfa, y de ello se alaba,
Y tú eres sólo una esclava
Comprada con su dinero.

¿Posible es que tal tibieza
Halle en tí mi queja leve!
¿Que le dejes, si él se atreve
A reclinarse su cabeza
Sobre tu seno de nieve!

Yo, á pesar de tus reproches,

Sujeto á tu voluntad,
Envuelto en la oscuridad,
Vendría todas las noches
Con calma ó con tempestad.

Sólo á verte, amada mía,
A oír el dulce sonido
De tu voz, que me extasia,
Y después de haberle oído,
Más contento partiría.

Callóse el joven amante,
Hecho el corazón pedazos;
Ella le mira anhelante;
Resistió... pero no obstante;
Le abre al fin los tiernos brazos.

En tanto el barón adusto
Devora la pena amarga
Que el pecho cruel le embarga,
Y oculto tras un arbusto
Pone al fusil doble carga.

—¡Señor!—le dice el cosaco,
No sé qué demonio ahora
Me ciega, ¡voto al dios Baec!
Yo no mando bala y taco
Sobre esa joven que llora.

Por más que con mano inquieta
El gatillo estoy doblando,
Una gota mal sujetada
Ha caído en la escoleta,
Desde mis ojos rodando.

—¡Satán! cargue en seguida
Con tu necia compasión!
De limpiar la piedra cuida;
Muda el cebo, y por tu vida
Que apuntes al corazón.

Yo me encargo de ese vil;
Castigaré su torpeza
Metiéndole en la cabeza
La carga de mi fusil.
¡Ahora... buen ojo... y firmeza!

El cosaco se prepara,
Apunta con atención,
Cede el gatillo... dispara...
Y cae inerte el barón
Con todo el tiro en la cara.

CUENTOS ESCOGIDOS

EL HIJO DEL TRUENO

(CUENTO ORIGINAL)

I

Perico se retiraba tarde, mucho después de las dos de la madrugada. Salía del café, ó del casino ó quién sabe de qué gracioso escondrijo y la mayor parte de las veces emprendía la marcha á pie hasta su casa, situada muy cerca del Asilo de las Mercedes.

Mordiéndolo un buen tabaco cuyo humo aspiraba con delicia, y puesta la imaginación en las cabalísticas combinaciones del juego, ó en las últimas aventuras de su vida alegre, moscardoneaba canturreando, bien envuelto en su magnífico gabán de pieles, con un revólver en el bolsillo contra los rateros y el bastón en la mano para librarse de los pírrros vagabundos.

Tronera como Perico no había dos. Buen muchacho, bravo, aturdido, franco y, en fin, un ¿qué se me dá á mí? y un ¿qué me importa? Rico provinciano que se gastaba en la corte sus rentas placidamente, soltero y sin familia, vivía á sus anchas... respiraba con gran expansión ¡era tan libre! Si le resultaba muy alejada del centro su casa, en cambio, podía vivir en ella bien apartado de todo compromiso, en los días de pe-

nuria pecuniaria. Un cuartito tercero, de una casa nueva, barata, elegante, amplia y que por entonces está solitaria en medio de barrancos, zanjas y terrenos sembrados... por donde se va trazando entonces el ensanche del barrio.

Pues bien, una noche del mes de Diciembre, muy fría, nebulosa, obscura, llegaba ya á las tres de la madrugada cerca de su casa el joven, el bueno de Perico; antes de entrar, en el camino vocó llamando al sereno; pero el sereno ó no lo oía ó no quería oírle.

Perico, impaciente, no esperó y poniendo tino en los pies y perspicacia en la vista siguió su marcha; acertó con la puerta de la casa y sacando el llavín iba ya á abrirla cuando oyó un maullido, mejor dicho un chifido agudo como el de una rata... ¿Qué sería aquello?

No estaba lejos; Perico aplicó el oído... y luego, andando por aquí y por allá, hasta que en un hoyo de la tierra en el cual vaciaban las esperturas de la basura los vecinos, vió un bulto, una masa, la tentó y hallóse con un envoltorio de trapos... tomóle en las manos y con ello se fué á la puerta, abrió, entró en el portal, encendió un fósforo y luego la velilla ó cerilla que usaba para subir las escaleras...

—¡U!... que asco... un chiquillo! exclamó con espanto y con repugnancia. ¿Quién habrá sido la loba?... Pero este bicho está muerto...; está muerto ó se está muriendo de frío—pensó—Y por un rápido y casi involuntario movimiento... cogiendo con más fuerza á aquél cuerpecito, que casi desnudo tiritaba, lo metió entre su gabán de suaves pieles abrigándolo con ellas para que la criaturita tomase el calor, el calor juvenil, el calor que había aumentado en el cuerpo de aquel robusto mancebo.

—Aquí no hay portera... ¡El portero es viejo..., es portero y á la vez guarda de un solar del amo de la casa, y se va á dormir á la caseta del solar!... No conozco á los vecinos... además, se reirían de mí... ¡Esto es ridículo! Llamar al sereno—pensaba—sí...; pero, entre tanto, este sapillo... se muere... ¿Qué haré?... Pues arriba con él... Enciendo la chimenea, lo dejo allí abrigadito y salgo á dar parte á la autoridad.

Subió á su cuarto, abrió la puerta, y, entrando en su gabinete encendió la lámpara, y colocando al nene sobre un almohadón, y tapándolo con una manta cubrepies, se dispuso á encender la chimenea.

Pedro vivía entonces sólo. Una vieja asistenta todas las mañanas subía á limpiar el gabinete y hacer la cama, barrer el despacho y recoger la ropa para la lavandera y para la planchadora.

Perico había mandado hacia tres días á Córdoba á su criado á hacer allí unas cobranzas.

No sentía Perico ni más ni menos piedad por aquel cachorro humano, que la que hubiera sentido por un getejo recién nacido y arrojado á la calle.

—¿Quizá le causaba una insoportable repugnancia mirarlo desdichadito?... Cuidó Perico de lavarse las manos con jabón de olor.